

MICHAEL HARRINGTON

El hombre que denunció a la C.I.A.

LAS agencias de noticias, con motivo de las revelaciones sobre las actividades de la CIA en Chile, han difundido a los cuatro vientos un nombre hasta ahora escasamente conocido fuera de los Estados Unidos: *Michael Harrington*, representante de Massachusetts en el Congreso norteamericano. El lector medio español seguramente ignora la personalidad de Michael Harrington. Y no es extraño, puesto que sus dos libros más importantes —M. H. es un gran autor— apenas han sido jaleados, y no sé si conocidos a excepción de una minoría intelectual, en España.

Y, sin embargo, se trata de una figura política universitaria muy interesante. A mí, acaso inmediatamente, me cabe la satisfacción de haber sido uno de los primeros, si no el primero, de los periodistas españoles que han introducido y dado a conocer la personalidad y la obra de Harrington. En enero de 1967 di una conferencia en el Ateneo de Madrid con el título de *La imagen política del siglo XX de Michael Harrington*, en la que exponía el contenido esencial de su libro *The Accidental Century* (entonces, y no sé si ahora, todavía no vertido al castellano), libro que recoge el pensamiento político de su autor, en páginas tan agudas y brillantes como ricas de información y conocimientos. Desde entonces, apenas he visto referencias o artículos sobre Michael Harrington en revistas y periódicos de este país. Ello a despecho de que Harrington es uno de los escritores que más han profundizado en los grandes temas de nuestro tiempo, tanto sobre el ámbito norteamericano como mundial. *The Other America* («La otra América») ha sido calificado por la crítica más seria como un «libro seminal», un libro fecundante, lo que es tan cierto que su publicación constituyó el acicate intelectual que puso en marcha los programas contra el pauperismo de Kennedy y Johnson.

Michael Harrington nació en Saint Louis de Missouri, en 1928. Se educó en el colegio católico Holy Cross, de la Universidad de Yale, y en la de Chicago. Su labor social en la Casa del Obrero Católico le llevó al estudio de los problemas de la vida industrial norteamericana, la alienación social y la pobreza «institucionalizada». Como miembro del Partido Socialista, en el que ingresó en 1953, participó en la

campana en pro de los derechos civiles y los movimientos de desarme y pacifismo de la década de los 50. Fue presidente del Consejo de la Liga por una Democracia Industrial y asesor de la Casa Blanca en asuntos relacionados con la pobreza y el paro.

chos civiles, laboral y, sobre todo, socialista. Ellos han sido mi Universidad después de salir de la Universidad». Harrington confiesa que los resortes fundamentales de su vida intelectual no están en el formalismo académico, sino en la tradición viva de las grandes luchas de la izquierda

volucionaria del proletariado. La del primero dice que se produce «masivamente, imperceptiblemente, como un glaciar. Su desplome es frío, no bajo el fuego». La de la revolución proviene de la integración de amplias masas obreras a las «ventajas» del sistema capitalista, gracias a la tecnología y a los salarios altos. Pero, precisamente por el grado de colectivización y socialización que la producción capitalista ha alcanzado, creando un aparato de una complejidad tal que se le escapa de las manos, crea las bases del socialismo del siglo XX, la gran esperanza socialista fundada hoy en el ocaso del capitalismo no por sus fallos, sino por sus grandes «éxitos». «Mientras la sociedad —escribe— se socializa por imperativo de la tecnología y las relaciones de producción, el capitalismo mantiene en sus manos la distribución básica de los recursos, con miras al lucro particular. Las grandes decisiones de carácter económico, que afectan a millones de hombres, se toman pensando sólo en las ventajas de pequeños grupos, sin tener en cuenta las consecuencias sociales de las mismas, al menos en cuanto es políticamente posible». M. H. pone varios ejemplos que demuestran la divergencia entre los costes privados y los sociales de un bien y un servicio.

Harrington está convencido de que la sumisión de los poderosos medios de la producción neocapitalista bajo control social democrático es la única forma de conseguir que la deshumanización de la tecnología industrial ceda a una humanización consciente, que esa tecnología se vuelva más humana. Las máquinas para los hombres y bajo el gobierno de los hombres.

La industria y la técnica de hoy son, por su propia naturaleza, eminentemente sociales. Si se les deja en manos de particulares que toman decisiones a su antojo, chocarán necesariamente con los intereses comunes. Así ocurre que, en relación a ciertos productos y servicios, mientras hay sectores industriales que son cada vez más ingeniosos y su precisión más refinada, el conjunto de la economía se torna cada día más irracional. En este sentido, apunta M. H., Max Beber emitió uno de los diagnósticos más profundos sobre el capitalismo contemporáneo: el avance tecnológico se debe a un método radical de fraccionamiento de la vida en múltiples funciones es-

Paulino Posada

Después salió elegido representante del Estado de Massachusetts —uno de los más civilizados de los USA— repetidas veces y conserva el escaño hasta hoy. Su puesto de asesor gubernamental lo abandonó al entrar Nixon en la Casa Blanca. Significativo.

Refiriéndose a su obra capital, *The Accidental Century* («El siglo azaroso»), Harrington ha dicho algo que define su mentalidad, su carácter: «Para bien o para mal, es el producto del radicalismo norteamericano: de cuanto he aprendido del pensamiento y la conducta de los mejores hombres y mujeres militantes de los movimientos pro dere-

norteamericana, en la experiencia cotidiana.

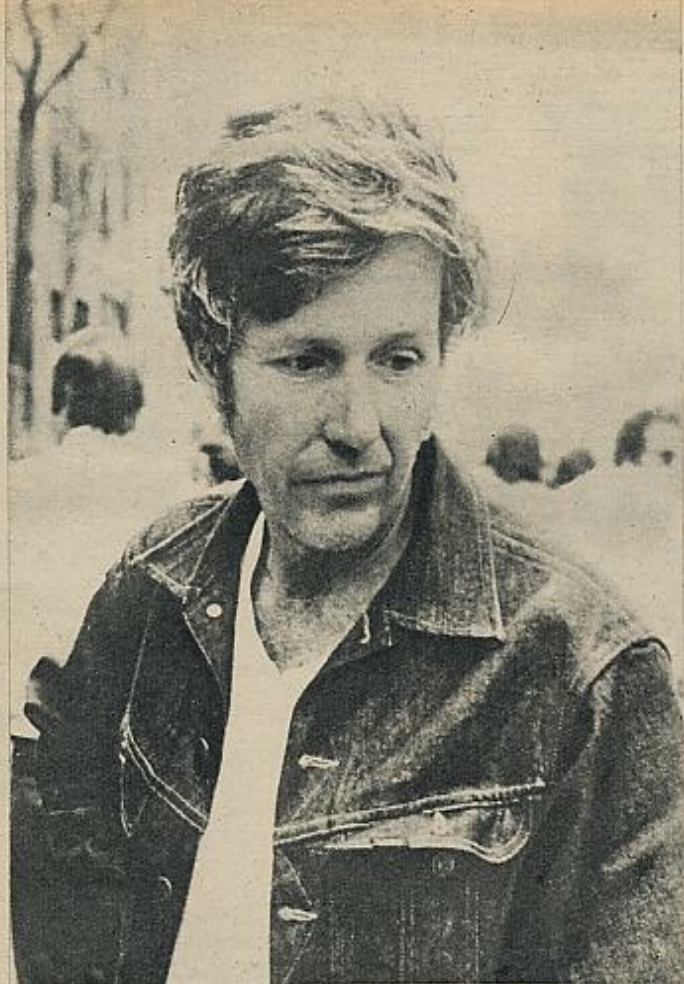
La visión histórica de Harrington

En *El siglo azaroso*, M. H. nos presenta, como en un vasto mural, una visión grandiosa del drama —esencialmente político del siglo XX— y su agitado discursar, pero sin que la monumentalidad del espectáculo reste profundidad al análisis ni rigor a la meditación.

La tesis fundamental de Harrington es que hoy asistimos a dos decadencias paralelas: la del capitalismo y la de la mística re-



La tesis fundamental de Harrington en su libro «The Accidental Century» es que hoy asistimos a dos decadencias paralelas: la del capitalismo y la de la mística revolucionaria del proletariado. (Portada de la edición norteamericana.)



Michael Harrington, ex presidente del Partido Socialista USA y autor de diversos libros y artículos sobre temas sociales, fue quien comunicó al «New York Times» y al «Washington Post» los datos reveladores de la intervención de la CIA en Chile y de su labor de zapa que condujo al derrocamiento de Allende y su gobierno de la Unidad Popular. En su calidad de miembro del Congreso de Estados Unidos, Harrington pudo leer el informe de Colby, actual jefe de la CIA, y retener de memoria los datos esenciales, ya que se le prohibía tomar nota de los mismos.

pecíficas mensurables y organizables. Pero, en semejante existencia, subdividida horizontalmente, no se encuentra una posición peraltada que dé la visión comprensiva del conjunto. El gerente administrativo, el ingeniero, el burócrata, que dominan en la sociedad capitalista, carecen de una visión global de la sociedad. Y sin embargo tratan de imponerle pragmáticamente sus opciones particulares.

M. H. escribía en 1964, mucho antes de que se perfilase la crisis en ciernes que amedrenta al neocapitalismo. Sin embargo, veía ya venir las cosas. Y ya decía que no había que engañarse, que bajo la aparente prosperidad del consumismo había un mar de fondo que sustituía a la tempestad de los años de la «gran depresión». Y es que la crisis venía, entre otras razones, porque la realidad capitalista ya no se explicaba con el capitalismo. Los anticapitalistas más eficaces son hoy los «businessmen», que están conduciendo la nave del sistema a puerto enemigo. Muy a su pesar, muchas veces, han contribuido a aumentar la divergencia y las causas de conflicto entre el costo público y el privado, enterrando para siempre al liberalismo clásico, que creía que el «laissez faire» llevaba indefectiblemente a la felicidad general. Lo ocurrido en los últimos cin-

uenta años ha demostrado que lo que la economía capitalista está destruyendo no es su mecanismo económico, sino su civilización, su moralidad, su idealismo, aquellos valores que fueron el nervio de la empresa libre. «La destrucción de la ética capitalista llevada a cabo por el capitalismo se efectuó a través de la colectivización en beneficio particular de la economía occidental, en busca del lucro de una minoría», escribe M. H. Y en efecto, no hay «mercado libre», se impone el monopolio, los precios los calculan y dictan las grandes empresas, se degrada la calidad de los productos para que hayan de reponerse en seguida, etcétera, etcétera.

Schumpeter lo confirma

M. H. estudia a Schumpeter, a quien considera «el profeta de la decadencia fría del capitalismo», que «socava con sus propios éxitos las instituciones que lo protegen e inevitablemente crea las condiciones en que la vida le resultara imposible y que señalan al socialismo como su heredero más calificado».

Schumpeter, que no era ni mucho menos enemigo del capitalismo, vio claro que la empresa tiende a automatizar el progreso, es decir, que tiende a hacerse

superflua, «a saltar en pedazos bajo la presión de su propio éxito». Vio también que la gran empresa se traga a las pequeñas, y que «a la larga también desplazará al empresario y expropiará a la burguesía como clase que, en este proceso, va a perder no sólo sus rentas, sino también lo que es infinitamente más importante, su función».

Los efectos revulsivos y letales de todo ello sobre los valores personales y éticos no se le escaparon a Schumpeter. No se trataba meramente de un cambio de estructura económica, sino de algo más profundo y de gran trascendencia social: la crisis de la idea de propiedad, tenida por inmovible. Un paquete de acciones es una forma de separar al hombre de las cosas que cree poseer. La gran empresa anónima separaba la vida de la propiedad. Esta perdía la garra, tan fuerte en otro tiempo; la garra en el doble sentido jurídico y de capacidad de hecho para hacer lo que a uno le diera la gana con lo suyo... «Y esta evaporación de lo que podríamos llamar la sustancia material de la propiedad —su realidad visible y tangible— no afecta sólo a las actitudes del propietario, sino también a las del trabajador y el público en general». Es la desmoralización, el desarraigo.

M. H. cree que Schumpeter, con todo, tenía una idea muy mezquina del socialismo al considerarlo no más que como una forma de organización de la economía. No comprendió el contenido humanista, la hondura del verdadero socialismo. El socialismo, como humanismo radical, postula la igualdad de derechos, la solidaridad, la supresión de las discriminaciones clasistas o de cualquier otro orden, la cooperación y la realización de la democracia. Schumpeter confundió el socialismo con el colectivismo. Sin embargo, vio una cosa muy claramente: que el problema político de los tiempos presentes no radica en si el futuro será colectivista (cosa indudable), sino en cómo será el colectivismo de mañana.

La gran esperanza

«La calidad de la vida futura —dice H.— todavía está por moldear, y esto lo harán los hombres, no los esquemas económicos». Los hombres tendrán la palabra. Y este es el sentido del socialismo de M. H., que el pueblo sea quien decida en las grandes cuestiones en que se juega su destino. Que «el pueblo pueda tomar en sus manos, libre y democráticamente, el control de sus vidas y el de la sociedad». Para H., la esencia del socialismo es el libre desarrollo del individuo y la «profundización de la democracia mediante una penetración en lo económico y lo social». Y añade: «El título del pueblo sobre los medios sociales de producción ha de garantizarse no con certificados de acciones de capital, sino por medio del

voto. Las decisiones económicas básicas han de tomarse democráticamente».

Medidas tales como la nacionalización de la industria son «una técnica del socialismo, no su definición». La nacionalización es simplemente un medio para abolir el poder político y social derivado de la concentración en pocas manos de la propiedad particular; un instrumento que permite una organización más racional de la economía, que ha de apuntar siempre a satisfacer las necesidades del pueblo antes que los intereses de una clase o grupo de familias. En una palabra, la nacionalización que pone las empresas en manos del pueblo es un camino hacia la libertad real, práctica. La acepción más concreta y auténtica del socialismo es la que apunta a que la elección libre y democrática sea el fundamento y principio de la vida social y económica de los pueblos. Cuestiones como el alcance y forma de la nacionalización, el modo de planificación, etcétera, han de someterse a la prueba de la experiencia real y juzgarse a la luz de los resultados.

Un campo decisivo es, para M. H., la educación, en cuyo concepto exige una ampliación y ahondamiento que abarque a la formación total del hombre y a prepararlo tanto para el trabajo como para el ocio, el empleo inteligente del tiempo libre. «Comprender —dice— que la educación es un sector de inversión social es darse cuenta de que los viejos criterios de eficiencia —la idea de rentabilidad y lucro— ya no tienen vigencia y que la sociedad se halla libre y abocada a dedicarse a perseguir metas superiores».

Naturalmente, al hablar hoy de socialismo hay que tener muy en cuenta las lecciones de un siglo de luchas y experiencias. Ya nadie puede incurrir en las ingenuidades y fanatismos de los albores del movimiento obrero, pues casi nadie cree ya en el advenimiento de un día apocalíptico en que, por arte de birlibirloque, la Historia dé el salto desde la necesidad y la miseria a la libertad y la abundancia. La liberación del trabajador supone una vasta y compleja evolución. Ya no es cuestión de «tomar» el poder, sino de transformarlo. Es cuestión de reestructurarlo en sus bases, de crear nuevas instituciones y, sobre todo, una nueva mentalidad.

Existe la posibilidad material, técnica, de convertir en realidad los viejos sueños. Los trabajos inhumanos, las funciones degradantes pueden hacerlos las máquinas. Hoy es posible liberar al hombre de los espectros de la escasez, el hambre y la esclavitud a prolongadas, pesadas y rutinarias tareas. Esta rotura de las cadenas de la necesidad podría ser el principio del hombre, no su final. La transición no es fácil, pero sí posible. Más verdaderamente posible que nunca lo fuera. ■